Curar para madurar (dentro del tiempo)

I

"*Habent sua fata libelli*", dice el conocido apotegma del gramático latino Terenciano Mauro. En una concepción ingenua, este "destino" está asociado con los lugares a los que han de llegar los libros, recónditos o inaccesibles, y las personas que han de tenerlos entre sus manos, codiciosas o indiferentes, expectantes o agradecidas. Pero en su acepción original hace alusión, más bien, a otra cosa muy distinta; a saber, la capacidad comprensiva o penetrativa de los posibles lectores, pues al comienzo de este mismo verso, el gramático había dicho: "*pro captu lectoris*". Pues es verdad que, ante mente ricas y creativas, estimuladas además por la curiosidad, los libros pueden abrir mundos fascinantes o mostrar universos únicos, llenos de sabiduría y profundidad; pero ante mentes de pocas luces, afectadas a la par por el aburrimiento y el desinterés, los libros apenas pueden ofrecer dos o tres frases con sentido, pero de escaso valor.

Más allá de estas dos imágenes elementales, hay otra forma de entender el "destino" de los libros del que hablaba Terenciano, esta vez en relación con los asuntos humanos, tan variados y dispares. Una vez publicados, los libros están expuestos a un sinfín de vicisitudes: desde ser leídos por muchos (como los llamados "best sellers") hasta ser olvidados por casi todos (como le ocurre a los "clásicos"); también pueden ser difundidos en grandes volúmenes (como los "éxitos comerciales") o apenas cobrar vida en pequeños tirajes (como le pasa a los "poemarios"); algunos son sin más ignorados, porque nadie los descubrió en las librerías o los halló en las bibliotecas (como los códices antiguos); otros, en cambio, fueron expuestos impúdicamente en los negocios callejeros, a la vista de todos y de nadie (como los "libros de texto" o las "novelas policíacas"). Desde otro punto de vista, algunos libros fueron sustraídos o robados por almas ambiciosas;

otros más, en cambio, llegaron a espíritus nobles como resultado de regalos o intercambios o algún préstamo.

Con todo, el destino más infausto de los libros —y el que acude con mayor prontitud a la mente cuando se piensa en él con algún detenimiento— es el que tiene que ver con su condición corpórea. Los libros no son propiamente "cosas", sino formaciones inmateriales o entidades espirituales; pero su existencia efectiva está sustentada (y también condicionada) por su constitución material. De esta fisicidad proviene buena parte de su fuerza, pero también es la fuente de su vulnerabilidad, es su "talón de Aquiles". Pueden desaparecer definitivamente a causa de un incendio que los consume hasta volverlos cenizas o ser pasto de los molestos insectos que se alimentan del papel de sus hojas. Pueden ser deformados, alterados o al menos maltratados por el agua de la lluvia, la humedad que pulula en el ambiente, los rayos solares que entran por las ventanas, el exceso de polvo de los estantes donde yacen. Todo esto son, hasta cierto punto, "causas" naturales, que se acoplan mal con las creaciones culturales más refinadas.

Pero el destino más trágico de los libros es ser destruidos por motivos humanos: discrepancias intelectuales, fanatismos religiosos, objetivos políticos, conveniencias económicas pueden propiciar su desaparición absoluta. Los libros no sobreviven a las pasiones humanas (odios, resentimientos, cóleras); tampoco a las actitudes vindicativas (defensas, venganzas, desquites); pero, sobre todo, no sobreviven a los prejuicios ideológicos, pues todos los libros, incluso los puramente artísticos y los destinados al entretenimiento, se originan de cierta búsqueda de la "verdad", todo lo frágil y oscura que sea, pero los prejuicios son la afirmación hasta el absurdo de una idea propia, sin ningún fundamento, a través de los mecanismos de la coacción o la violencia. Los prejuicios buscan la muerte de la vida que nace de la verdad. Por eso se oponen a la existencia de los libros cuando se instalan en el entramado social.

II

Los artículos académicos comparten de alguna forma el "modo de ser" de los libros. Por lo mismo, también están expuestos a padecer los mismos "destinos". Pero en ellos se hace presente un nuevo destino que, aunque posible por igual en los libros, en ellos asumen carácterísticas muy particulares. Este otro destino está vinculado a una condición intermedia que, si bien también es reconocible en los libros, en los artículos académicos se aprecia con mayor claridad: ya están escritos y terminados cuando son entregados por sus autores a las revistas correspondientes, pero muchas veces no están del todo listos para ser publicados por ellas; esto es, aun no han alcanzado su plenitud.

En esto, tienen cierta analogía con las plantas de un invernadero, que ya viven y se sostienen por sí mismas —se alimentan de la luz, se sustentan con el agua, se nutren de la tierra— pero no soportan aún las inclemencias de la intemperie ni resisten los embates de los insectos depredadores. Hay que cuidarlas todavía, por algún tiempo más. Es curioso que el mismo verbo que se emplea para designar la atención de las plantas —"cuidar"— sea el mismo que se utiliza para hablar de la atención de los artículos académicos o de los libros. En latín, *curare*, de donde proviene el vocablo castellano, significa al mismo tiempo asistir, atender, tratar y, en otros respectos, proteger, resguardar, poner a salvo, o incluso curar, restañar, sanar.

También tienen alguna analogía con los árboles que ya han crecido lo suficiente, que han logrado el volumen indispensable, que cuentan con la resistencia pertinente para hacer frente a las condiciones del entorno o los embates de los insectos voraces. Pero en un jardín casero, o en un parque citadino, o en un huerto de poblado, por considerar varios ejemplos, son atendidos constantemente por manos humanas que los procuran con diligencia de múltiples maneras. Se les colocan soportes para que se enderecen o cercas para preservarlos de los aniamales; se resguardan con mallas que filtran la luz solar para que no se abrasen o se calientan con quemadores de gas para evitar que se congelen por las noches; se riegan constantemente con sistemas cada vez más sofisticados (flujo, goteo, aspersión). Pero

la acción más elemental a la que son sometidos para llevarlos a una forma perfecta es podarlos. Esto, desde un punto de vista, significa cortar, eliminar, suprimir y, por lo tanto, es un acto de violencia; pero, desde otro punto de vista, no es un acto de maltrato, porque el resultado de hacerlo es un árbol más sano, más resistente, más fructífero, y, en otro sentido, más bello.

Curar artículos académicos implica todo esto. Es un trabajo noble, porque está en función de la vida; en este caso, intelectual, es decir, espiritual. También es un trabajo gratificante, sobre todo cuando se atiende a los resultados, a los éxitos alcanzados, que muchas veces no son pocos. Pero, en el transcurso, es un trabajo difícil, incluso ingrato, porque conlleva una serie de decisiones delicadas, las más de las veces arriesgadas, si no es que embarazosas, sumamente comprometedoras. A cada paso amenza el fracaso; con cada paso entra la desesperación. Esto es así, porque se trabaja, entre otras cosas, sobre la base de un factor que casi nunca está a plena disposición: el tiempo. Por un lado, el tiempo que se necesita para prodigarse en cuidados con cada uno de ellos; por el otro, el tiempo que cada uno requiere para llegar a su forma definitiva, madura. Pero el tiempo es un factor que no puede atraparse entre las manos, pues se escabulle; a veces no queda otro recurso que deslizarse sobre él como si fuese una pendiente peligrosa, aunque excitante. Más la importancia del tiempo reside en que permite vislumbrar el sentido de todas las cosas y el valor de todos los esfuerzos. No es el preludio de la decrepitud, sino la antesala de la eternidad.

Ramón Díaz Olguín
Centro de Investigación Social Avanzada
Santiago de Querétaro